

***Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez Cinco prólogos muy innecesarios a una edición conmemorativa**

Juan Guillermo Gómez*
Universidad de Antioquia

Recibido: 9 de abril de 2007. Aceptado: 27 de abril de 2007 (Eds.)

La edición conmemorativa de *Cien años de soledad*, presentada en el marco del IV Encuentro de la Lengua, en Cartagena en marzo pasado, se ha constituido en otro fenómeno de ventas masivas de clásicos de lengua española, luego de la edición de *El Quijote* en el 2005. La edición inicial de 500.000 ejemplares, rápidamente, superó las expectativas y, pocas semanas más tarde, se precisó ampliar el número de copias. El día de la presentación, se nos dijo, las colas del Centro de Convenciones se estiraba varias cuerdas, y las cajas registradoras no daban abasto a una demanda numerosa y siempre creciente. Incluso ya se ha insinuado que, por virtud de la compra de esta edición, Colombia elevaría su mediocrísimo promedio del 2006 de 1,6 libro (en el 2000 fue de 2,2) por habitante al año. La novedad de la edición, vale decir, el atractivo formato empastado —pues estábamos mal acostumbrados a las horribles carátulas y a la dudosa calidad de Norma—** y el precio económico de \$23.000, juega un papel determinante para renovar el culto a la lectura de una de las obras insignias de las letras hispanoamericanas. No es extraño que esta edición conjunta de la Real Academia de la Lengua, la Asociación de Academias y editorial Alfaguara, con texto revisado por el propio autor, haya venido despertando un entusiasmo grande y, en alguna medida, merecido.

* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Comunicaciones. Coordinador del Pregrado en Letras: Filología Hispánica. (punctumed@yahoo.com).

** Editorial Norma tiene varias presentaciones de *Cien años de soledad*, desde la rústica de Cara y Cruz a \$24.000 hasta la empastada a \$85.000, que pese a su elevado precio tampoco convence.

En alguna manera merecido, porque las presentaciones que anteceden al clásico hispanoamericano, están muy lejos de satisfacer las expectativas de un público crítico y están muy por debajo del nivel a que se ha llegado después de cuatro décadas de estudios de la novela. La lectura de los prólogos, en efecto, produce una fuerte sensación de desengaño; son ‘un fraude a la nación’, para decirlo con las francas palabras con que el mismo García Márquez solía referirse a las cosas culturales del país, medio siglo atrás. Franqueza, dicho sea de paso, que ha disminuido con una acelerada rapidez la última década y que va de la mano de la pobreza de su última producción literaria.

Las breves palabras de Álvaro Mutis, con que se abren los prólogos, son una bomba de jabón de egolatría, escritas hace dieciocho años, y a las que uno llega a la última línea por fuerza de la inercia y gracias a la cortedad perezosa —dos paginillas, para decirlo peninsularmente— de las mismas. El siguiente prólogo, el de Carlos Fuentes, habla más de sí mismo que de García Márquez y cuando escribe de otra cosa o se equivoca o multiplica, por lo demás, equívocos. No solo Fuentes mató a Jorge Eliécer Gaitán en 1949, un año después de Juan Roa Sierra, sino que hizo otra proeza histórica macondiana: puso a escribir al duque de Saint-Simon en la corte de Luis XVI (sic), cuando hasta los surrealistas franceses diferenciaban el Versailles del rey sol de quien conoció el filo de la guillotina por una chanza política de los jacobinos. Perdonables dislates históricos o incuria de los correctores que, en cualquier caso, irrita, cuando nos quiere convencer “que los buenos latinoamericanos van a París a escribir”, solo porque allí estuvieron Rubén Darío, Blanco Fombona, Julio Cortázar, Vargas Llosa, el mismo Fuentes y García Márquez (y hasta *El buen salvaje* de Caballero Calderón), pero pasando por alto que desde hace un cuarto de siglo no van solo a escribir, sino que son millares de exiliados anónimos, viven en difíciles condiciones de refugiados, de trabajadores rasos. París como mito de los escritores hispanoamericanos es un lugar común, una bobada, que como tal ha dejado de ser un mito de postal hace décadas, y ni por nostalgia de octogenarios podemos tomar en serio.

Otra cosa son los prólogos de Mario Vargas Llosa —un *remake*— de *García Márquez: historia de un deicidio* (1971), del presidente de la RAE, Víctor García de la Concha —con una obertura brillante que declina sin remedio a partir de la tercera página— y de Claudio Guillén. Son estos tres prólogos tres ‘lecturas’, como se dicen hoy, convencionales, escolares. No

cabe duda que la más pesada es la de Vargas Llosa, quien puede sostener en vilo durante quinientas páginas a sus lectores con *La guerra del fin del mundo*, pero que hunde en el más deprimente sopor a los lectores a la línea doce por virtud de su talento crítico. Vargas Llosa hace un cambalache de conceptos para caracterizar a Macondo de sociedad primitiva, subdesarrollada, feudal o semi-feudal del cual salimos aturridos. De los niveles narrativos ni hablar... Ello es prueba, más bien, de la existencia de la providencia volteriana, expresada en el argumento teologal de la sabia distribución de los dones entre los mortales-escritores. De la lección crítica de García de la Concha, solo sacamos en limpio que, a diferencia de los villancicos, ‘las encíclicas no se cantan’, porque etimológicamente encíclica es “carta solemne que dirige el Sumo Pontífice a todos los obispos y fieles del orbe católico” y, que mediante este exigente ejercicio de interpretación, nos demuestra la sabiduría contradictoria de García Márquez quien había dicho de *Cien años* que: “Siempre me propuse que el libro tuviera un valor poético más que narrativo”. Sin embargo, lo que no advierte el sagaz gramático es que García Márquez es un gran novelista pero —igualmente— un pésimo crítico de sí mismo, porque desde Homero lo poético es lo narrativo. A Claudio Guillén, en fin, le debemos información de lo que tantas veces se ha escrito, vale decir, que García Márquez era lector del *Amadís de Gaula* y, una novedad para muchos, que Claudio es hijo del gran poeta Jorge Guillén. En suma, estas interpretaciones novedosísimas nos vuelven a decir que *Cien años de soledad* es una obra cíclica-bíblica, que narra la historia de la familia Buendía y que está plagada de símbolos y señales del hombre latinoamericano; que es una obra con anáforas, oxímoros, hipérbolos, como es, en realidad, de verdad, de suyo y propio de toda obra literaria.

Valga la verdad que las interpretaciones hicieron énfasis en la condición de soledad de los personajes de Macondo; pero también valga la verdad que García Márquez nos los muestra también en su desamparo; en su perplejidad; en su sonambulismo; en su rebeldía; en su fanatismo. Sobre todo en el fanatismo. Así como en *El Otoño del patriarca* se anticipa el incendio del palacio de justicia, en *Cien años* la prehistoria del paramilitarismo: “Los antiguos policías fueron reemplazados por sicarios a machete”. Necesitamos un García Márquez actualizado.

Es una verdadera lástima haber dejado pasar la ocasión de haber hecho una verdadera contribución a la lectura crítica de García Márquez. Ante todo, carece esta edición conmemorativa de un instrumento fundamental,

a saber, un artículo de fondo de bibliografía comentada. Es indispensable guiar al lector interesado entre el océano o laberinto de la bibliografía secundaria garciamarquiana. Por su puesto, se trata de jerarquizar su importancia ante los millares de títulos existentes en todas las lenguas. Esto se hace con un equipo de colaboradores de diferentes ámbitos lingüísticos. Igualmente, era necesario hacer un rastreo de la historia de las ediciones del libro en grupos de idiomas o culturas y dar siquiera una indicación de porqué se llama a *Cien años* un clásico de la literatura universal. No en balde se han vendido más de 10 millones de copias en todo el orbe (hasta 1997) y se ha traducido en no menos de 40 idiomas. Es inaudito que se haya pasado comentar la importancia de un trabajo de la magnitud de Don Kelly, *Gabriel García Márquez: una biografía descriptiva*. La bibliografía aportada en esta edición conmemorativa es casi miserable, y pasaron por alto las interpretaciones más notables que se han escrito en nuestra lengua, la de Ángel Rama —que, si bien citado, fue puesto siempre fuera de lugar— y de Ernesto Volkening. Habrá que esperar otros cuarenta años para hacer una edición más concienzuda pues, en conclusión, estos prólogos empobrecen los mejores estudios críticos de García Márquez.